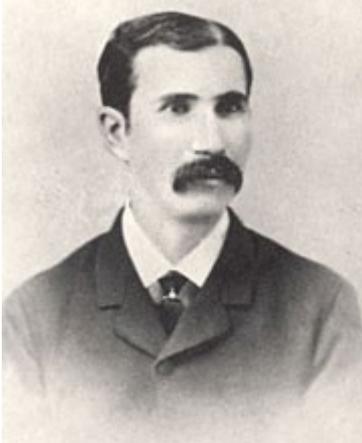


La conversión en Carlos de FOUCAULD

LA FAMILIA REENCONTRADA.



DESPUÉS de un año de exploración, Foucauld se encuentra de nuevo en territorio francés el 23 de mayo de 1884. Se queda en Argel. Después de la tensión nerviosa de esos últimos doce meses, se entregó a toda clase de locas diversiones, que luego se reprochará a sí mismo. ¡No es un converso el que regresa de Marruecos!

A principios del mes de junio, regresa repentinamente a París, para presentar un primer relato de sus viajes al presidente de la Sociedad Geográfica. Luego fue a Tuquet, en la Gironda cerca de Burdeos, a ver a su tía Moitessier, quien lo recibió como a un hijo pródigo, con severidad pero con amabilidad. En cuanto a las hijas de su tía, sus primas, no eran más que la bondad misma. Después de estos cuatro años de ausencia, redescubre a su familia.

« **Llegué al país esta mañana; quedarme aquí me agrada mil veces más que quedarme en París: la soledad en compañía de los que más se quieren en el mundo, un campo encantador, todo árboles, agua y verdor, es más hermoso de lo necesario para hacerme perfectamente feliz.** » (Carta del 19 de junio de 1884)

Con su esposo y sus cuatro hijos, Marie de Bondy le parecía gozar de la mejor salud, mientras que su hermana, Catherine, sufría el abandono de su esposo, Emmanuel de Flavigny. La tía Inès planeaba casar a Mimi con Raymond de Blic. Estaba esperando el regreso de Charles para hacer las presentaciones. El matrimonio se celebraría a finales de año, el 30 de diciembre. A partir de esa fecha, Carlos se sintió relevado de su papel de tutor.

Pero estaba tan exhausto que enfermó y tuvo que quedarse en su habitación durante la mayor parte del verano.

A principios de 1885, vuelve a Argel para escribir su "Reconocimiento en Marruecos". De su estancia allí esta vez dirá que estuvo " **sólo llena de males** ". Tal vez estaba exagerando, pero volvió a enfermarse, lo que retrasó todos sus planes de viaje.

Fue en ese momento cuando conoció a la hija del comandante Titre, un geógrafo del círculo de MacCarthy. Recién convertida, esta joven le atraía y pensó en casarse con ella para poner fin a sus propios desórdenes morales. Marie de Bondy lo disuadió sabiamente de este matrimonio, y Charles siempre le estará agradecido por eso.

El 24 de abril de 1884, la Sociedad Geográfica le concedió la *Gran Medalla de Oro*, pero fue Olivier de Bondy quien la recibió en su nombre. No volvió a Francia por eso; la gloria no era su interés. Encontró su camino, que fue el del estudio y la investigación. Tan pronto como superó su larga enfermedad, emprendió una nueva expedición, el 14 de septiembre de 1885. Visitó los oasis del sur de Argelia para completar su trabajo haciendo varias comparaciones.

Al unirse a una columna militar, se reunió nuevamente con Motylinski y se convirtió en su amigo. Pasó por Ouargla y continuó hacia el este para llegar a Gafsa. Su plan era regresar vía Túnez. Pero acortó su viaje y regresó apresuradamente a Francia, por alguna razón desconocida: quizás para visitar a los Blics, ya que su hermana acababa de dar a luz a su primer hijo. Tras una breve estancia en Niza, regresa a París.

LA RUE DE MIROMESNIL.



La mansión de Madame Moitessier en París.

El 19 de febrero de 1886 se instaló en el n° 50 de la rue de Miromesnil, no lejos de su tía Moitessier, que vivía en el n° 42 de la rue d'Anjou. Pasará cuatro años en París, viviendo solo y totalmente ocupado con su investigación y escribiendo su libro. A menudo come con su tía: es su familia, donde se encuentra entre primos y parientes. Pero no hará ningún amigo excepto Duveyrier, con quien tiene relaciones muy frecuentes y cercanas. Pasan horas planeando la penetración pacífica en el Sáhara para unir Sudán con Argelia. El 2 de octubre de 1888, después de la muerte de Madame de Morlet, Charles escribe a Duveyrier:

« Tu amistad, la única fuera de mi familia que he hecho durante mis tres años en París, es uno de esos lazos dulces que muestran la vida bajo una luz más serena a ciertas horas. »

Cuando está con los Moitessier, que organizan un brillante y muy frecuentado salón político, especialmente frecuentado por los orleanistas, se escabulle en cuanto llegan los amigos. Ese tipo de política no le interesa a Charles y lo deja frío.

Desde su regreso de Marruecos, ya no es el mismo hombre. Vive en soledad y castidad y estudia profundamente. A finales de septiembre realizará otra breve visita a Túnez antes de poner el broche final a su libro. Vuelve a encontrar África en su apartamento: se pone sus zapatillas turcas y su chilaba y duerme sobre una alfombra oriental, en el suelo. En esta vida sencilla y austera, se vuelve hacia las cosas de Dios. El mundo agnóstico en el que había estado viviendo durante diez años se hundió en contacto con estas santas

mujeres a las que ve viviendo cerca y a las que ama inmensamente. Su discreción es perfecta: simplemente le muestran un gran cariño. Los observa muy de cerca y no encuentra nada en ellos para reprochar la religión que practican.

Para penetrar en el alma de Carlos durante esos años cruciales, nada mejor que leer las cartas y meditaciones en las que luego analizará su propia conversión:



Padre Huvelin.

« No hace mucho les dije que rezaran incluso antes de creer en Dios. Eso fue lo que hice cuando comencé a darme cuenta, a vislumbrar que tal vez la religión católica no era tan absurda. A menudo solía decir esta oración: “Dios mío, si existes, haz que te conozca”.Puedes hacer lo mismo. Sólo conozco un mérito en mi vida, y es que después de haber hecho esta oración por algún tiempo, y encontrándome muy sinceramente dispuesto a abrazar la verdad con toda mi alma si la encontraba, tomé los medios adecuados para descubrirla. . Si quieres aprender una ciencia o un idioma, encuentras un maestro. Queriendo aprender religión e iluminarme sobre dificultades que me parecían insolubles, busqué un maestro como lo haría con cualquier otra ciencia. Me volví hacia el padre Huvelin, un antiguo alumno de la École Normale, a quien sabía que era muy ilustrado. Vivía en el n° 6 de la rue de Laborde. Sólo os digo por experiencia que, para encontrar a Dios, la pureza de corazón y la castidad son de gran ayuda. Os lo digo por experiencia: cuando la voluntad encadena el cuerpo, el alma toma alas para remontarse hacia la verdad.. Te he dicho mi confesión. Adiós, mi querido amigo. Perdóname por este extenso garabato y por las faltas de ortografía. No tengo tiempo para volver a leerlo .» (Carta a su primo Louis de Foucauld, 28 de noviembre de 1894)

Así, buscó a Dios tal como había preparado su expedición a Marruecos, con la misma seriedad y la misma precisión.

El 14 de agosto de 1901, escribe a Henry de Castries, su antiguo compañero de Pont-à-Mousson, legitimista, defensor de la Iglesia y, sin embargo, todavía incrédulo:

« Mientras estaba en París y estaba imprimiendo mi libro “ Voyage au Maroc ”, me encontré entre personas muy inteligentes, muy virtuosas y muy

cristianas. Me dije a mí mismo que tal vez esta religión no era absurda. Al mismo tiempo, me empujaba una gracia interior muy fuerte. Iba a la iglesia sin creer, encontrándome a gusto sólo allí, y pasaba largas horas repitiendo esta extraña oración: “ Dios mío, si existes, hazme conocerte. ”Se me ocurrió la idea de que debía instruirme en esta religión, donde tal vez se encontraría aquello de lo que desesperaba. Y me dije que lo mejor sería tomar lecciones de religión católica, como había tomado lecciones de árabe. Así como busqué un buen taleb que me enseñara árabe, así busqué un sacerdote erudito que me instruyera en la religión católica. Me hablaron de un sacerdote muy distinguido, antiguo alumno de la École Normale. Lo encontré en su confesionario y le dije que no había venido a confesarme porque no tenía la fe, sino que solo quería información sobre la fe católica. El buen Dios, que tan poderosamente había comenzado la obra de mi conversión, por esta fortísima gracia interior que me empujaba casi irresistiblemente a la Iglesia, la llevó a término. El sacerdote a quien Dios me dirigió era alguien desconocido para mí: un hombre de gran saber, y de virtud y bondad cada vez mayores. Él fue quien se convirtió en mi confesor, y no ha dejado de ser mi confesor y mi mejor amigo durante los quince años transcurridos..

«Tan pronto como creí que había un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa que vivir para Él. Mi vocación religiosa data de la misma hora que mi fe. ¡Dios es tan grande! ¡Hay tanta diferencia entre Dios y todo lo que no es Él! ¡Al principio, la fe tuvo muchos obstáculos que vencer! Yo que había dudado tanto, no lo creía todo en un día. A veces eran los milagros del Evangelio los que me parecían increíbles; otras veces quería mezclar pasajes del Corán con mis oraciones. Pero con la gracia divina y el consejo de mi confesor o aquellas nubes se disiparon .

« Deseaba ser religioso y vivir sólo para Dios, hacer lo más perfecto, sea lo que fuere. Mi confesor me hizo esperar tres años. Deseando darlo todo a Dios, en una pura pérdida de mí mismo, como dice Bossuet, no sabía qué orden elegir. El Evangelio me mostró que el primer mandamiento es amar a Dios con todo el corazón y que todo tenía que estar encerrado en el amor. Todo el mundo sabe que el primer efecto del amor es la imitación: a mí me restaba, pues, entrar en el orden donde encontré la más exacta imitación de Jesús. No me sentí formado para imitar su camino público en la predicación: tuve, por tanto, que imitar la vida oculta del pobre obrero de Nazaret. Me parecía que esta vida estaba mejor representada por los trapenses... Amé con un amor muy tierno todo lo que el buen Dios me había dejado por vía de familia; Quise hacer un sacrificio para imitar a Aquel que hizo tantos sacrificios, y así, hace casi doce años, me fui a un monasterio trapense en Armenia». (Lettres a Henry de Castries, p. 95-98)

PADRE HUVELIN.

San Agustín estaba a sólo dos pasos de donde vivía. A menudo iba allí al final del día. Un día, quizás el 27 de octubre de ese mismo año 1886, Carlos se acercó al sacerdote:

« **Padre, no tengo la fe ; He venido a pedirte que me instruyas .**

– *Arrodíllate, haz tu confesión a Dios: creerás .*

– ¡ **Pero no he venido para eso!**

– *Haz tu confesión »*, insistió el sacerdote.

Charles obedeció y, al salir del confesionario, el padre Huvelin le preguntó:

« ¿ *Estás ayunando?* »

– **Sí .**

– *Ven y comulga . »*

Y el Padre mismo le dio la Comunión ante el altar de Nuestra Señora.

Desde ese día, Charles asistió a misa todos los días y comulgó con frecuencia. El Corazón Eucarístico de Jesús ocupaba cada vez más lugar en su vida, en la escuela de las homilías de aquel que se había convertido en padre y director de su alma. Más tarde, el Padre de Foucauld escribirá al Padre Huvelin:

« ¡ **Fue en los últimos días de octubre, el 29 o el 30 , hace doce años, que me presenté en tu confesionario, que me entregaste al buen Dios, me enviaste a comulgar y te convertiste en mi padre!**

« ¡ **Cómo necesitaba que el buen Dios me diera a ti por padre, y qué bueno es Él por haberme hecho este regalo! ¡Cómo lo bendigo por esto!** (Carta del 15 de octubre de 1898; *Padre de Foucauld – Padre Huvelin, Correspondencia inédita*, Desclée , 1957, p. 89)

MARÍA DE BONDY.



María de Bondy.

Aunque fue el Padre Huvelin quien convirtió a Carlos de Foucauld, fue María de Bondy quien primero lo engendró a la vida espiritual: «María fue para Carlos, explica nuestro

Padre, un reflejo de las cosas divinas. Ella era para él la imagen de la santidad. Su amor implantó en su propia alma el amor de Dios. »

María fue verdaderamente la mediadora de su prima a través de «El Misterio de la Visitación», que pronto estará en el centro de la espiritualidad de Charles de Foucauld. Madame Castillon du Perron cree que puede detectar una tendencia erótica en el afecto de Charles por Marie. ¡Nuestro Padre protesta! Pero se necesita nada menos que su metafísica relacional y su enseñanza sobre la “pureza positiva” para combatir este error, al establecer que, a medida que crece, la verdadera amistad se aleja de la sensualidad al traer su porción de gracias sobrenaturales. Este amor eleva el alma, a través del ser que ama y ve, al corazón de la “caridad circunstante” de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Charles de Foucauld conoció esta gracia, como escribe en su conmovedor “*Retiro de Nazaret*” en 1897: « *Yo, mi vida pasada, la misericordia de Dios* ». A nuestro Padre le gusta decir que no conoce otro texto que relacione con tanta precisión, delicadeza y belleza la conversión de un alma y su camino hacia Dios. La primera parte de este retiro es un acto de acción de gracias por haberse ahorrado los accidentes a caballo, los duelos y los peligros encontrados durante la expedición. Si hubiera muerto entonces, ¿dónde estaría ahora?

« *Tanta salud inquebrantable en el más insalubre de los lugares, a pesar de un gran cansancio. ¡Oh Dios mío, cómo mantuviste tu mano sobre mí, y qué poco la sentí! Que tan bueno sos ! ¡Cómo me guardaste! ¡Me protegiste bajo Tus alas cuando yo ni siquiera creía en Tu existencia! Y mientras me protegías así, el tiempo pasó. Juzgaste que se acercaba el momento de que me reincorporara al redil. A mi pesar, Tú desataste todas las malas relaciones que me hubieran alejado de Ti. Incluso desataste todas las buenas relaciones que me habrían impedido volver a entrar en el redil de esta familia donde Tú querías que encontrara la salvación, y que me habrían impedido ser todo tuyo un día. Al mismo tiempo, me diste una vida de estudio serio, una vida oscura, una existencia solitaria y pobre .*

« *Mi corazón y mi mente permanecieron lejos de Ti , pero sin embargo viví en una atmósfera menos viciada. No era la luz, ni el bien, ¡ni mucho menos! Pero ya no estaba en tan profundo lodazal, ni en tan odioso mal. El lugar estaba siendo barrido gradualmente. El agua de la inundación todavía cubría el suelo, pero estaba retrocediendo gradualmente y la lluvia ya no caía. Habías roto los obstáculos, ablandado el alma y preparado el terreno quemando todos los espinos que había sobre él. Por necesidad me obligaste a ser casto. Y en poco tiempo, habiendo sido devuelto a mi familia en París a fines del invierno del 86, descubrí que la castidad se había vuelto dulce y una necesidad de mi corazón.* » (Plaza La Dernière, págs. 102-103)

Es cierto que la influencia de su tía Inès, de su prima María, mujeres muy puras y piadosas que lo amaban con un afecto santísimo, ejercieron sobre él una exigencia de

pureza total e interior. El hermano Carlos de Jesús lo recuerda como un milagro que lo salvó del abismo. Como es posible que Marie de Bondy todavía estuviera viva cuando René Bazin publicó por primera vez este texto, lo compendió, pero es necesario citarlo completo:

« ¡ Eres Tú Quien hizo eso, Dios mío! ¡Tu solo! Yo no tuve nada que ver, ¡ay! ¡Qué bueno eras! ¡De qué tristes y culpables recaídas me salvaste misericordiosamente! Tu mano sola estuvo en esto, al principio, en el medio y al final: ¡qué bueno eres! Era necesario preparar mi alma para recibir la verdad. El diablo es demasiado amo de un alma que no es casta para dejar entrar la verdad. ¡No podéis entrar, Dios mío, en un alma donde reina como amo el demonio de las pasiones impuras!

« Tú quisiste entrar en la mía, buen Pastor, y así Tú mismo expulsaste a Tu enemigo. Y habiéndolo echado a la fuerza, a pesar de mí mismo, y viendo mi debilidad y cuán incapaz era de mantener pura mi alma, me diste un guardián tan bueno, fuerte y gentil, que no sólo prohibió la menor entrada al demonio de impureza, pero hizo dulces y necesarias para mí las delicias de la castidad. ¡Eres Tú Quien hizo eso, Dios mío! ¡Qué bueno eres, mi buen Pastor! Cuando deseas salvar un alma, expulsas rápidamente a tu enemigo y colocas allí a tus ángeles terrenales y celestiales para que sean sus guardianes todopoderosos. Así, a pesar mío y sin mí, expulsaste al demonio de mi alma, y pusiste en su lugar a dos ángeles para su defensa invencible. Y les diste a estos ángeles suficiente poder para ser invencibles .

«¡Dios mío, qué bueno eres! ¿Cómo cantaré de Tus misericordias, Dios mío? Y después de vaciar mi alma de sus inmundicias y habérsela encomendado a tus ángeles, pensaste en volver a entrar allí, ¡Dios mío! Porque después de recibir tantas gracias, mi alma aún no te conocía. Actuasteis continuamente en él y sobre él; Lo transformaste con un poder soberano y una rapidez asombrosa, y aún no sabía nada de Ti. Entonces le inspiraste el gusto por la virtud, la virtud pagana. Me dejaste buscar la virtud en libros paganos de filosofía, y todo lo que encontré allí fue vacío y repugnancia .» (ibíd ., págs. 103-104)

Uno se pregunta por qué no entabló inmediatamente conversaciones religiosas con estas mujeres. Eso es olvidar todo el trasfondo de escepticismo, su lectura de Montaigne, de los escépticos, de Voltaire, todo ese humanismo depositado en él desde muy joven, desde la primera clase, y nunca retractado. Así, tomó a sus filósofos paganos, en sus finas encuadernaciones de cuero; entonces, un día, abrió y hojeó el libro que Marie de Bondy le había regalado para su Primera Comuni3n: *Les Élévations sur les mystères* , de Bossuet.

« Entonces dejaste caer ante mis ojos algunas páginas de un libro cristiano, y me hiciste sentir su calor y su belleza. Me diste un atisbo de lo que tal vez podría encontrar allí, si no la verdad, -no creía que los hombres fueran capaces de conocer la verdad-, al menos alguna enseñaanza sobre la virtud, y me inspiraste a

buscar lecciones puramente paganas. virtudes en los libros cristianos. Así me familiarizaste con los misterios de la religión .» (ibíd .)

¿Una familiaridad que se había perdido durante cuánto tiempo? ¿Lo había sabido alguna vez? Había puesto flores al pie de los calvarios al borde del camino, había cantado los Meses de María, pero en cuanto a la instrucción religiosa, a pesar del cura que lo acompañó, ¿cuál había sido? Por primera vez, estaba siendo iniciado en una religión de la que no sabía nada y en la escuela de aquellos a quienes amaba con todo su corazón de oro:

«Al mismo tiempo estrechasteis aún más los lazos que me unían a aquellas bellas almas. Tú me habías traído de vuelta a esta familia, objeto de un apego apasionado en mis primeros años, en mi niñez. Me hiciste redescubrir la admiración que una vez tuve por estas mismas almas. Y los inspiraste a recibirme como el hijo pródigo. a quien se le hace sentir como si nunca hubiera salido de la casa de su padre. Me diste a través de ellos la misma bondad que podría haber esperado si nunca hubiera fallado. Me acerqué más y más a esta amada familia. Con ellos viví en tal ambiente de virtud, que se me veía volver a la vida; ¡Era la primavera que devolvía la vida a la tierra después del invierno! Fue en este sol suave que creció el deseo del bien y el asco del mal, que se me hizo imposible recaer en ciertas faltas y que busqué la virtud: Tú habías ahuyentado el mal de mi corazón. Mi ángel bueno había ocupado allí su lugar, y Tú habías añadido un ángel terrenal también... A principios de octubre de ese mismo año 86, después de seis meses de vida familiar, admiré y deseé la virtud, pero todavía no conocerte ¿Con qué artificios, Dios de bondad, te me diste a conocer? ¡Qué caminos torcidos usaste! ¡Qué fuerte pero amable exterior significa! ¡Qué serie de circunstancias sorprendentes en las que todo se juntaba para empujarme hacia Ti! Soledad inesperada, emociones, enfermedades para atesorar después de seis meses de vida familiar, admiré y deseé la virtud, pero aún no te conocía. ¿Con qué artificios, Dios de bondad, te me diste a conocer? ¡Qué caminos torcidos usaste! ¡Qué fuerte pero amable exterior significa! ¡Qué serie de circunstancias sorprendentes en las que todo se juntaba para empujarme hacia Ti! Soledad inesperada, emociones, enfermedades para atesorar después de seis meses de vida familiar, admiré y deseé la virtud, pero aún no te conocía. ¿Con qué artificios, Dios de bondad, te me diste a conocer? ¡Qué caminos torcidos usaste! ¡Qué fuerte pero amable exterior significa! ¡Qué serie de circunstancias sorprendentes en las que todo se juntaba para empujarme hacia Ti! Soledad inesperada, emociones, enfermedades para atesorar.» (ibíd ., pág. 105)

En octubre de 1886, Marie de Bondy enfermó, muy gravemente. Él se estremeció, y quizás fue entonces cuando él, que aún no creía, comenzó a orar por ella.

« Sentimientos ardientes, sentidos, regreso a París tras un acontecimiento sorprendente. Y qué gracias interiores: esta necesidad de soledad, de recogimiento, de lectura piadosa, esta necesidad de visitar Tus iglesias, para mí que no creía en Ti. Esta alma atribulada, esta angustia, esta búsqueda de la verdad, esta oración: “¡Dios mío, si existes, haz que lo sepa!” ¡Todo eso fue obra tuya, Dios mío! ¡Sólo tuyo! Un alma hermosa te asistió, pero con su silencio, su dulzura, su bondad, su perfección .» (ibíd .)

Ninguna de estas palabras es superflua. ¡Aquí tenemos el apostolado con el que el Padre de Foucauld soñará toda su vida! Habiéndolo experimentado él mismo primero, como instrumento de su salvación: en la persona de María, toda dulzura y bondad, aún más tierna y misericordiosa que si hubiera sido su madre.

« Parecía ser buena, y era buena. Esparció su atractivo perfume, pero no tuvo efecto. Tú, mi Jesús, mi Salvador, Tú hiciste todo, desde dentro y desde fuera ».

Entonces, ella no fue la causa de su conversión, sino el catalizador. Fue Jesús quien actuó. Hasta el final de su vida, sobre todo al recordar los grandes momentos de su existencia, dirá que el solo hecho de verla siempre le hizo bien. ¡Solo para verla! Esta insistencia muestra claramente la pureza de su afecto por aquella a la que llamará «mi madre». Ella misma estaba como iluminada desde dentro. Todas sus acciones fueron manifiestamente inspiradas por esta luz, este amor de Dios.

« Me atrajiste a la virtud a través de la belleza de un alma, en la que la virtud parecía tan hermosa que hechizó irrevocablemente mi corazón .

« Me atrajiste a la verdad a través de la belleza de esta misma alma. Entonces me diste cuatro gracias. La primera fue la de inspirarme este pensamiento: siendo esta alma tan inteligente, la religión que profesaba firmemente no podía ser una locura como yo había pensado .

« La segunda era inspirarme con este otro pensamiento: como esta religión no es una locura, tal vez la verdad, que no se encuentra en ninguna otra religión de la tierra, ni en ningún otro sistema filosófico, esté realmente aquí .

« La tercera fue decirme: Entonces estudiemos esta religión; tómese un maestro de religión católica, un sacerdote erudito, y veamos de qué se trata y si hay que creer lo que dice. La cuarta fue la gracia incomparable de dirigirme al señor Huvelin para estas lecciones de religión .»

Era su “madre espiritual”, quien lo conduciría hacia este sacerdote, que había sido su director durante diez años. Aquí está en San Agustín:



Iglesia de San Agustín donde Carlos se confesó con el Padre

Huvelin.

« Al hacerme entrar en su confesionario, uno de los últimos días de octubre, entre el 27 y el 30 pienso , ¡Tú me diste todo bien, Dios mío! Si hay alegría en el Cielo por un pecador que se convierte, hubo alegría cuando entré en ese confesionario. ¡Qué bendito día! ¡Qué día de bendición! Y desde ese día, toda mi vida ha sido una serie de bendiciones. Tú me pusiste bajo las alas de este santo y allí me he quedado .»

La admiración que tenía por su primo, la trasladaba enteramente a este sacerdote, considerándolo como un santo al que sólo debía seguir, como un niño que sigue a su padre:

« Me has llevado en sus manos desde entonces, y ha sido gracia tras gracia. Pedí lecciones de religión: me hizo arrodillarme, me hizo confesarme y me envió a comulgar allí mismo .

« No puedo dejar de llorar cuando pienso en ello, ni quiero impedir que fluyan estas lágrimas: ¡son demasiado justificadas, Dios mío! ¡Qué río de lágrimas debe brotar de mis ojos al recordar tantas misericordias!

« ¡ Qué bueno has sido! Lo feliz que estoy ! ¿Qué he hecho para eso? Y desde entonces, ¡Dios mío! ha sido una cadena de gracias siempre creciente, una marea siempre creciente. ¡Dirección, y qué dirección! la oración, la santa lectura, la asistencia diaria a Misa, establecidas desde el primer día de mi vida. Comunión frecuente, confesión frecuente, viniendo al cabo de algunas semanas, dirección espiritual haciéndose cada vez más íntima y frecuente, envolviendo toda mi vida, haciéndola una vida de obediencia en todo lo mínimo, y de obediencia a lo que un maestro !»

«Al hacerse la Comunión casi diaria, se fortaleció el naciente deseo por la vida religiosa. Los acontecimientos externos, independientes de mi voluntad y contrarios a mi voluntad, me apartaron de los objetos externos, de las cosas

materiales que tenían un gran encanto para mí y que podrían haber retenido mi alma y mantenerla unida a la tierra.»

Había traído de Marruecos un montón de cosas, objetos de deseo de su sobrino François de Bondy. Poco a poco se los dio, pero a un costo. Después de todo, esa expedición a Marruecos fue la mejor de su vida, por lo que se aferró a esos objetos. Al dejarlos ir uno tras otro, no sin espíritu de sacrificio, sintió su alma inundada de gracia en proporción al vacío dejado por su antigua vida, que se extinguía.

« Rompiste violentamente esos lazos y tantos otros. ¡Qué bueno eres, Dios mío, en haber roto todo lo que me rodeaba, en haber destrozado todo lo que me hubiera impedido ser sólo tuyo!

« Un sentido cada vez más profundo de la vanidad y de la falsedad de la vida mundana y de la gran distancia que existe entre la vida perfecta, evangélica, y la que se lleva en el mundo » .

Ya había visto el espectáculo de la vida mundana en el salón de los Moitessier.

« Este amor tierno y creciente por ti, mi Señor Jesús, este gusto por la oración, esta fe en tu palabra, este sentido profundo del deber de la limosna, este deseo de imitarte, estas palabras del señor Huvelin en un sermón, que « Tanto habías quitado el último lugar que nadie te lo había quitado nunca”, tan indeleblemente grabada en mi alma, esta sed de hacerte el mayor sacrificio posible para darte, dejando para siempre una familia que era toda mi felicidad, y alejarme de ellos para vivir y morir .»

¿Qué mejor tenía, qué más precioso, que estos lazos puramente espirituales con Marie de Bondy? Desde el momento de su regreso a Dios, eso es lo que pensó ofrecer, no a la mitad, no por un tiempo, ¡sino para siempre!

No hay nada estético en este radicalismo: es puramente ascético y místico. Es la radicalidad del amor. Por el amor de Jesús, para dar lo más precioso de lo que uno tiene, y para darlo para siempre,

« Alejándome de ella para vivir y morir... Esta búsqueda de una vida conforme a la Tuya, donde pudiera compartir enteramente Tu abyección, Tu pobreza, Tu humilde trabajo, Tu sepultura, Tu oscuridad. » (*ibíd .*, págs. 107-108)

María, que había sido la mediadora de Carlos para llevarlo irrevocablemente al Corazón de Jesús, no lo detendrá. Su afecto es absolutamente puro, porque ella está enteramente “en Dios”. Como la Santísima Virgen María con Nuestro Señor, ella lo dejó seguir su vocación en el desierto, y será su ascenso al Calvario...

Por ahora, la conversión de Carlos lo conducirá a los trapenses, como veremos más adelante.

Entremos en esta gran llama de amor para que el Padre de Foucauld nos guíe y nos encienda a nuestra vez, sabiendo que Dios nos llama a amores santos que nos transportan al Cielo.